

Arte, creatividad y aprendizaje.

La imaginación como vehículo de la movilidad interior: duelo y simbolización artística

María Regina Monroy Solís*

Universidad Nacional Autónoma de México, México.

* Docente de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Resumen

El trabajo con los jóvenes estudiantes que acuden a nuestras universidades requiere de una profunda reflexión sobre la condición y la identidad de la docencia, actividad excepcional y valiosa que tiene como objetivo el poder compartir el conocimiento y su construcción como herramienta de libertad, de trabajo y de creación.

Las referencias teóricas, usadas en este trabajo como punto de partida para la comprensión de los fenómenos creativos y de la construcción artística, tienen que ver con la experiencia del creador de la obra artística, a través de los significados vinculados a los elementos afectivos e intelectuales que han sido sintetizados en ella para el entendimiento del proceso artístico; en este sentido, el potencial creativo está estrechamente relacionado con la capacidad de introspección y con la reflexión sobre nuestro devenir histórico, para saber hacia dónde vamos y para el fortalecimiento del yo como elemento de conciencia.

Del estudio de estas interconexiones entre la experiencia artística y el conocimiento psicoanalítico, surge la imaginación como un elemento de construcción de la creatividad.

La otra referencia teórica pertenece al campo del psicoanálisis, ya que su contribución al estudio de la identidad y de la vida afectiva de los individuos, proporciona fundamentos que clarifican el entendimiento del arte y la creación como expresión de las emociones, a partir del inconsciente como una realidad viva e individual.

Palabras clave:

Creatividad
Aprendizaje

Abstract

Working with the youth attending our universities requires a profound reflection on the state and identity of teaching—that extraordinary, valuable activity whose goal is to share knowledge—and its construction as a tool of freedom, labor and creation.

Theoretical references, used in this article as a starting point for the comprehension of creative and artistic phenomena, relate to the experience of the creator of the artistic work through the meanings linked to affective and intellectual elements incorporated into the piece to produce an understanding of the artistic process. Creative potential is hence closely related to a capacity for introspection and to a reflection on our past, present and future; understanding where we are going and reinforcing the self as an element of consciousness.

A study of the interrelationships between the artistic experience and psychoanalysis leads to a concept of imagination as an element in the construction of creativity.

The other theoretical reference belongs to the field of psychoanalysis, as its contribution to a study of identity and the affective life of the individual provides a basis for explaining art and creation as an expression of the emotions, taking the unconscious as a starting point for an individual, functioning reality.

Keywords:

Creativity
Learning

Didier Anzieu,¹ define la creatividad “como un conjunto de predisposiciones del carácter y del espíritu que pueden cultivarse”. A su vez, este mismo autor considera a la creación como la acción de inventar o componer una obra, artística o científica cuya originalidad la hace nueva, nunca vista y con reconocimiento de su valor por el público que la conoce; en ambos casos, la propuesta del autor alude al conocimiento de las partes sanas del individuo, de su mayor nivel de estructuración psíquica en la búsqueda del ser y su trascendencia; aunque no ahonda en el punto de la predisposición del carácter, podemos considerar que, desde los estudios de la psicología profunda, sí se afirma prácticamente desde todas las escuelas derivadas del psicoanálisis, que el individuo tiene un potencial creativo que surge del trabajo de su yo maduro, es decir, de la construcción inconsciente relacionada con el *eros* o instinto de vida, en contraposición con el instinto de muerte.

El movimiento interior que ocurre cotidianamente en nuestra vida personal, y que nos acerca a los demás, en la búsqueda de un vínculo profundo y genuino, es testimonio del impulso vital (*eros*) que se manifiesta a través de los deseos. Es en este punto de encuentro con el mundo interior, donde la imaginación permite una elaboración simbólica única, que participa en ese cultivar el espíritu al que alude Didier Anzieu y que Johannes Pfeiffer deno-

mina: “señal de un estado interior”,² es decir, la imagen creadora invita a sumergirse en ella, sin preguntar sobre su realidad o irrealidad, la imagen que puesta allí, en el momento de imaginar, no es copia de nada, sino aviso de algo que en el interior se mueve con libertad y confianza.

No obstante, el concepto de imagen puede transmitirnos una idea fácilmente inmóvil y en cambio, la imaginación representa el movimiento mismo.

Jean Chatteau, filósofo francés, estudioso de la imaginación, afirma que imaginar es lanzarse fuera de sí, volcarse a la aventura, explorar, conquistar; es imposible concebir un pensamiento sin imaginación. Chatteau considera que el patrimonio de la imaginación es todo el patrimonio del pensamiento: “Si se extiende la luz toma la forma de lo que está inventando la mirada.”³

Es, en el espacio del artista, donde la imaginación ocupa su lugar correspondiente, por ello el acto de creación es un deleite y si el filósofo tiene que probar que existe, el poeta simplemente goza la existencia, ya que al filósofo se le considera como un creador dominado por la razón y al poeta como un artista que vive de la imaginación, cuyo mundo es, el de la ensoñación, ensoñación poética diría Gastón Bachelard al referirse al estado de la imaginación que es activo y tiende a deformar las imágenes en su deseo de crear otras.⁴

El contacto con el conocimiento requiere de la imaginación, de la libertad y la confianza para elegir un camino en el vasto mundo de la ciencia y del arte; pero si el pensamiento está bloqueado por el conflicto hasta el punto de que los temores le impidan imaginar, entonces será difícil encontrar el camino de la creatividad y de la creación artística; sabemos que el ser humano tiene que desarrollar un fuerte trabajo para

poder lograrlo y que muchos estudiantes y profesionistas no alcanzan a llegar al lugar de la creatividad, porque las intensas vivencias del conflicto les impiden la elaboración de las emociones primarias que lo acompañan; sabemos también que muchos de ellos viven una especie de mutilación de su yo por la imposibilidad de crear símbolos artísticos personales, por la incapacidad de sublimar y que, por tanto, pagarán precios muy altos (suicidio, fracaso escolar, drogadicción, delincuencia) por la falta de madurez de un yo que sufre.

En esta fenomenología, altamente compleja, se ubica este trabajo para poder conceptualizar los elementos que permitan el entendimiento de los procesos creativos y su relación con la angustia existencial y con la vida, es decir, con la problemática emocional de nuestros jóvenes estudiantes, empujados por la vida moderna al vacío y a la cosificación.

Desde una de las perspectivas del psicoanálisis,⁵ la capacidad de creación de símbolos está ligada a la elaboración del duelo durante las primeras fases del desarrollo temprano: el niño se da cuenta de que su madre es un ser separado de él, con vida propia, le preocupa que este objeto amoroso pueda sufrir algún daño y se siente culpable de que sus acciones pudieran causarlo; no obstante, se da cuenta de que el objeto se preserva y descubre que en esta introyección de un objeto con vida propia, en este aceptar la separación del objeto, se encuentra su propia identificación como un ser autónomo.

Es una fase anterior, que precede a la fase de aceptación de la separación, que la psicoanalista inglesa Melanie Klein⁶ denominó posición esquizoparanoide, el predominio de temores, bajo la influencia del instinto de muerte no permite que el niño procese el odio y la agresión primarios, que recaen sobre

¹ Didier, Anzieu, *El cuerpo de la obra, entrar en creación*, Siglo XXI editores, México, 1993.

² Jean, Chatteau, *Las fuentes de lo imaginario*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

³ Valades, E. *El libro de la Imaginación*, Poema de José Emilio Pacheco, FCE, México.

⁴ G. Bachelard, *La poética de la ensoñación*, Breviarios del FCE, México, 2002.

⁵ Hanna, Segal, *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Paidós, México, 1992.

⁶ Melanie, Klein, *Envidia y Gratitud, Obras Completas*, Paidós, España. 1988.

el objeto; a su vez, la elaboración simbólica también es de naturaleza primaria y desde el punto de vista del psicoanalista W. R. Bion,⁷ en lugar de un pensamiento de mayor nivel de estructuración, la mente está funcionando con fragmentos de pensamiento dentro de los cuales se incluyen imágenes estrambóticas, angustia de aniquilación, fuertes temores que parasitan la vida mental del individuo y que están construyendo un pensamiento primario, pobremente elaborado y que impiden que el niño, y más tarde el adolescente, joven y adulto elabore símbolos en el interior del yo.

Este importante proceso no sólo incluye una capacidad de simbolización más complejamente elaborada, sino que posibilita la formación de símbolos para la creatividad y el arte.

De hecho, este yo en proceso de maduración, un yo aún muy débil, con el cual el niño no puede enfrentar la problemática de la posición esquizoparanoide, tampoco está en condiciones de contener la angustia de aniquilación derivada de la emergencia continua y prematura de fuertes cantidades de agresión, odio, envidia, impulsos todos derivados del instinto de muerte, y no puede por tanto, procesar las diversas y complicadas estimulaciones del entorno, bajo el principio de la realidad; por el contrario, la realidad es negada y evadida como parte de sus defensas, con la consiguiente disminución de su capacidad simbólica, que le permitiría adaptarse a su entorno, por lo cual su creatividad en la vida será limitada: el infante se paraliza mental y emocionalmente por el exceso de angustia, vuelve amenazantes los estímulos provenientes de su vida interna y de la realidad; por este motivo necesita estarse defendiendo constantemente.

La propuesta de otro psicoanalista inglés, Donald Winnicott,⁸ hace referencia a la capacidad del niño para imaginar y construir durante las primeras fases del desarrollo. El infante busca un lugar donde el objeto pueda encontrar su ubicación en el mundo interno compartido con la madre; para este autor, en esta experiencia de búsqueda continua y de vicisitudes inesperadas, la confianza y la libertad otorgadas por la madre que funciona como un continente para los impulsos del niño, son fundamentales; la libertad y la confianza son necesarias para que el niño introyecte el objeto amoroso de una madre que le permitirá una exploración mental y afectiva suficiente para el desarrollo de un gran número de habilidades motoras, aunadas al desarrollo de una sensibilidad profunda que mediante el juego y la ilusión, contribuirá al desarrollo de la imaginación.

El niño construye un objeto único que tiene como característica principal la transición de lo objetivo a lo subjetivo, de pertenencia entre la madre y el niño, de vivencia entre la realidad y el mundo interno, cuyo lugar no es el afuera ni el adentro y que además se caracteriza por ser una acción permanente de movimiento y de búsqueda, para lo cual el

autor eligió la designación de la palabra juego no sólo como verbo (acción), sino como una acción en un continuo a través del tiempo y el espacio: jugando.

A su vez, la psicoanalista francesa, discípula de Melanie Klein, Hanna Segal, propone que el ser humano, en su camino hacia la diferenciación, atraviesa por la experiencia del duelo, un recorrido doloroso y difícil, durante el cual, presa de los temores provenientes del instinto de muerte, anhela la posesión absoluta del objeto-madre, lo idealiza y trata de cuidarlo; desea además, que pueda satisfacer todos los deseos, pero la madre debe ir a hacer sus propias cosas, la madre tarda en llegar y el bebé tendrá que aceptar que la madre puede irse y de esta forma, lucha por la formación de un yo más integrado, de un yo que acepte la pérdida; esta aceptación es indispensable y permite la construcción de la autonomía interior en un yo propio, en lugar de la permanencia de una simbiosis que sólo en apariencia puede proporcionar seguridad durante el desarrollo; la llegada a este punto de pérdida fue denominada por Melanie Klein como fase depresiva.

Conjuntamente, la construcción de símbolos como una capacidad del yo y el desarrollo de la imaginación, durante el tránsito de una fase a la otra, por la calidad lúdica del vínculo con la madre, permitirá en el niño la sensación de libertad y de goce por el despliegue de su fantasía sobre la posesión del objeto, esta libre dinámica de acción del objeto transicional, conformará en el yo la capacidad de creación artística y cultural en general.

Es aquí donde el ser humano integra a su desarrollo un elemento de plasticidad en la conformación de su identidad y que abrirá las puertas a su actividad creativa expresada a través del desarrollo de preferencias y habilidades propias, que lo gratifican a través del reconocimiento de los demás y de sí mismo. Todo ello permitirá el disfrute de la vida misma a través de la aceptación de la vida tal como es.

En acuerdo con la conceptualización hecha por E. Erickson,⁹ psicoanalista de adolescentes, el proceso de desarrollo a lo largo de la vida, complejo, doloroso, difícil, requiere de una dinámica de evolución y de un proceso de maduración del yo que implica la presencia de diversos momentos de duelo: de la niñez a la adolescencia, de ésta al estado adulto y de éste a la vejez; las pérdidas son una constante y el yo debe estar preparado para ello, porque la angustia surgirá como resultado de la disminución de las gratificaciones narcisistas.

El ser humano busca, de manera muy insistente, el sentido de su vida y en su conciencia existen elementos que lo aprisionan en un conflicto existencial: quiere trascender y ser feliz; por ello su contacto con el arte es imprescindible, sea que lo realice o se lo apropie de la creación de otros; la obra artística es su espejo en este camino de duelos y es lo que comparte con los otros.

⁷ W.R. Bion, *Volviendo a Pensar*, editorial Lumén-Horme, 5ª edición, 1996.

⁸ D. Winnicott, *Realidad y Juego*, Paidós, México.

⁹ E. Erickson, *El Ciclo Vital Completado*, Paidós, México.

Tausk describió el concepto de identidad al proponer que el hombre en su lucha por la supervivencia debe constantemente encontrarse y experimentarse a sí mismo. Por su parte Freud utilizó el término una sola vez y le dio una connotación psicosocial.

Erikson, por su parte, partiendo de esta concepción freudiana, propone a la identidad como una relación que surge entre un individuo y su grupo: compartir cierto carácter esencial con los otros en vínculo con la mismidad.

León y Rebeca Grinberg, en su libro *Identidad y Cambio*,¹⁰ explican la formación de la identidad como un “proceso que surge de la asimilación mutua y exitosa de todas las identificaciones fragmentadas de la niñez, que a su vez presuponen un sí mismo integrado a través de las introyecciones tempranas. La clave de la formación de la identidad está en el desarrollo del yo, que depende de la relación temprana con la madre, con la familia y luego con el grupo donde el autor ubica las identificaciones significativas que tienen su resíntesis en la adolescencia a través del trabajo creativo que lleva a cabo el yo”.

El sentimiento de identidad es el conocimiento de la persona de ser una entidad separada y distinta de las otras y en la conformación de este sentimiento de continuidad, el individuo desarrolla el sentido de pertenencia en su grupo, porque siente que tiene algo valioso que aportar, lo que le es propio y que sabe que puede enriquecerse con las aportaciones de los demás; esta parte social del individuo conlleva elementos de creatividad que están presentes en su capacidad de vincularse.

De hecho, el artista sabe que dedica su obra al otro o piensa que alguien puede sentir lo mismo que él; en la poesía, por ejemplo, siempre hay un destinatario.

Para estos mismos autores, “la interacción específica y continuada de todos los elementos diferenciados introyectados por un yo en formación en la sociedad, brindará al sí mismo, un estado de cohesión en diversas circunstancias, tanto de pérdidas como de encuentros con la capacidad de elaboración de duelos para el restablecimiento de la estabilidad del yo”.¹¹

Al llegar a la adolescencia, la aparición de la pubertad hace que el yo tenga que enfrentar un monto de líbido excepcional, el cuerpo cambia bruscamente, hay extrañeza y deseos que irrumpen en la vida del niño habituado a jugar y a depender de sus padres, pero pronto se dará cuenta de que tiene un ser, que busca un ser y que ha cambiado; los impulsos sexuales y agresivos ponen a prueba al yo y lo escinden, al mismo tiempo que el joven cae en la regresión, que como resultado de la angustia del yo ante este montante nuevo de energía desconocida en la conciencia, movilizará su mundo interno haciendo que el niño-adolescente busque desespera-

damente nuevos elementos de identidad (espejos) en su entorno social, en especial en el grupo. Varios autores coinciden en que esta regresión permite un movimiento que hace posible la actividad creativa.

Hay quienes tocan fondo para nacer de nuevo y en este punto, el entorno ambiental se vuelve crucial; las instituciones sociales, en especial la familia, la escuela y en general la sociedad, deberían proporcionar los espacios, las oportunidades, las posibilidades para que niños y adolescentes puedan vivenciar estos momentos de crisis o de búsqueda en un mundo que les abre las puertas para su incorporación consciente a la cultura, que les permite la experimentación en el arte, los espejos de simbolización y de sublimación que el adolescente busca para reestructurar su yo.

Para Hartmann, psicoanalista perteneciente a una de las escuelas más importantes derivadas del psicoanálisis, la escuela de la psicología del yo, es necesario que definamos qué es el yo. El yo es una subestructura de la personalidad y se define por sus funciones.

Paula Heimann señala al yo como la suma de los sentimientos, emociones, impulsos, deseos, capacidades, talentos y fantasías del individuo, es decir, todas las fuerzas y formaciones psíquicas que una persona identificaría como algo propio, experimentando la sensación: “ese soy yo”.

La palabra yo está empleada para denotar un conjunto de procesos psicológicos tales como pensar, percibir, recordar, sentir, que tienen una función organizadora y de regulación en relación con el sí mismo, que son responsables del desarrollo y la ejecución de un plan de acción para lograr la satisfacción de los impulsos internos y de las exigencias ambientales.

El sentimiento de identidad se encuentra estrechamente vinculado con la evolución psicosexual. La noción de cuerpo resulta esencial para la consolidación de la identidad del individuo. El sentimiento de la propia identidad deriva de



Fotografía: Carmen Toledo

¹⁰ L. Grinberg, *Identidad y Cambio*, Paidós, México, 1980.

¹¹ Grinberg, *op. cit.*

la experiencia del contacto corporal placentero con la madre, en el sueño y en la vigilia, en el que se libidiniza la superficie del cuerpo, percibiéndola como límite entre el yo y el mundo.

El adolescente, además, busca formar un sistema de teorías, valores éticos e intelectuales que puedan organizarse en una ideología, que pueda trascender su existencia individual y que revista un carácter de permanencia e inmortalidad.

Al final de esta época de crisis, el adolescente habrá roto con las estructuras establecidas en la niñez y con sus identidades previas, dentro del proceso de reintegración de una nueva identidad, con procesos de elaboración, el duelo del cuerpo, de los padres, etc., diferentes y necesarios para dar lugar a un nuevo proceso de simbolización.

Otro componente de la identidad corresponde al vínculo de integración social que está dado por los mecanismos de identificación con el entorno social y el grupo. Al principio, el lactante no reconoce otra experiencia que no sea la suya, lo que le da placer es bueno y lo que no, es malo.

La sociedad, con toda la complejidad de sus instituciones, pasa a ser una entidad interna asimilada a la estructura íntima del individuo. El primer ambiente social lo representa la madre, luego el padre y luego los hermanos.

En la adolescencia, el desequilibrio y la disolución de las relaciones estables entre los sistemas psíquicos y la perturbación creciente e inevitable en los vínculos objetales, gravitan enormemente en la patología de su identidad: las crisis confusionales de las que hemos hablado por las vicisitudes del desarrollo psicobiológico y aumentadas por el fracaso del grupo familiar y social para solucionarlas (debido a sus propias crisis) crean momentos de verdadera despersonalización que se reflejan dramáticamente en la búsqueda desesperada por instalarse en una identidad.

Se ha señalado que el adolescente, por su propia problemática, es representante de una estructura en crisis que comprende la familia y la organización social. Se transforma en portavoz de grupos marginados.

Las prohibiciones sociales hacen que el adolescente busque figuras parentales más flexibles que lo tranquilizan de la angustia que emerge de sus conflictos al querer dar rienda suelta a sus impulsos.

En el mundo familiar del adolescente, las fricciones familiares son frecuentes.

Los padres no comprenden la complejidad del conflicto que surge como consecuencia de haber sido desidealizados por sus hijos adolescentes. El duelo debe ser elaborado por padres e hijos.

El mundo adolescente debe ser considerado como una verdadera estructura social cuyos integrantes conforman una multitud ansiosa que oscila entre dos polos: la inestabilidad determinada por sus cambios psicobiológicos, y la inseguridad que le ofrece el ambiente social. Y la búsqueda de un continente estable que confiera solidez y garantía a su insegura identidad.

Ese continente es buscado en la vida con el grupo, en que distintas partes de sí mismo pueden ser proyectadas en los diferentes miembros del grupo. La inclusión en el grupo le permite hacerse oír.

Todos tenemos necesidad de ser reconocidos por los otros y la necesidad también de la conciencia del sí mismo; en este doble reconocimiento hacia dentro y hacia fuera, la fantasía y el trabajo de la imaginación tienen un papel clave porque mediante estas posibilidades del pensamiento, establecemos vínculos creativos con el entorno y con quienes nos rodean: los sueños y las ilusiones permiten a los hombres situaciones lúdicas en el campo interpersonal, que enriquecen la vida emocional; podríamos decir que hay una renovación del yo a través de la creatividad cotidiana, así pues el papel de la imaginación desempeña una función primordial en la interacción social y en la evolución del mundo interno.

Bibliografía

Anzieu, A., *El Cuerpo de la obra. Ensayos psicoanalíticos sobre el trabajo creador*, Siglo XXI editores, México, 1993.

Bachelard, G., *La poética de la ensoñación*, FCE, México, 2002.

Bion, W., *Volviendo a pensar*, Lumen-Hormé, México, 1996.

Chatteau, J., *Las fuentes de la imaginación*, Apuntes, 2004.

Erickson, E., *El ciclo vital completado*, Paidós, México.

Grinberg, L. y R. Grinberg, *Identidad y cambio*, Paidós, México, 1980.

Klein, M., *Envidia y gratitud. Obras Completas*, Paidós, México, 1994.

Pfeiffer, J., *La poesía*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

Segal, H., *Introducción a la obra de Melanie Klein*, Paidós, México, 1992.

Valadés, E., *El libro de la imaginación*, FCE, México, 1993.

Winnicott, D., *Realidad y juego*, Paidós, México, 1994.

